

## La voz de fuego

José Luis Sánchez Nogales  
Profesor de la Facultad de Teología de Granada

**E**l término «vocación» se emplea con múltiples campos de significación en los ámbitos cultural, laboral, artístico, etc. Pero hay un significado muy específico que le da al término vocación su carácter de «autonomasia». Es el ámbito de la religión y la espiritualidad. La vocación, como «llamada a ser lo que se debe ser», adquiere su estatuto de «categoría» antropológica fundamental cuando la voz que llama es «otra». La de aquél que donando el origen del ser invita en la libertad a realizarlo en plenitud.

La Sagrada Escritura contiene diversas narraciones en las que esa voz invita y llama. Son llamadas, invocaciones a la libertad, vocaciones. Las hay muy sencillas, las que empiezan con un «ve...» y se despliegan en una misión y un cumplimiento. Otras ponen más de relieve el ofrecimiento humano en disponibilidad; suelen girar en torno a un «envíame...», en el contexto de un consejo divino que demanda un voluntario y el ofrecimiento de alguien que recibe la misión. Hay un tipo que pone de relieve la dificultad humana para comprender la voluntad de esa voz que le llama y se expresa con un «repíete... escúchame». En el Nuevo Testamento encontramos la vocación directa y seductora de Jesús expresada en un «sígueme...» que se resuelve en un dejarlo todo fulminante para irse con Él. A veces las formas literarias y teológicas que adquieren los relatos de vocación se entremezclan. El «sígueme...» de Jesús se resuelve en un modo diferen-

te de entender la propia vida: pescadores de peces en el lago familiar y pequeño que acaban como pescadores de hombres en el horizonte inmenso del mundo. Pero ya había precedentes en un paradigma de vocación veterotestamentaria de estructura «sí... pero» que acabó con un sencillo pastor de ganado convertido en pastor de un pueblo. Un pastor llamado por una voz de fuego que, quemándolo interiormente, transformó su ser. Este tipo es el que he elegido como motivo de mi reflexión (Ex 3, 1 - 4, 17).

El Moisés curioso, atraído por lo fascinante y extraño del símbolo de la zarza que arde y no se consume, realiza un itinerario espacial, con la intención de mirar, de inventariar, de conocer de forma dominadora aquel misterio. Pero mientras él realiza su camino físico, montaña arriba, el Misterio divino de la zarza de fuego va realizando en aquel pastor de ganado curioso un itinerario interior, espiritual, que provocará en él una auténtica transformación. En primer lugar, hay una llamada: la primera fase de esa llamada es la fascinación atrayente del Misterio brillante en la zarza; en un segundo momento, la llamada se personaliza: «¡Moisés, Moisés!». El camino espiritual, interior, de Moisés comienza con su primera respuesta de disponibilidad: «Heme aquí». A continuación la voz del Misterio del fuego va estableciendo el perfil espiritual al que va a ser llamado como hombre creyente, su vocación.

«No te acerques». Respetar el misterio profundo e inaprehensible de lo divino, el misterio de Dios en su transcendencia y alteridad; el absoluto ser de otro modo de Dios. Educar y educarse en este respeto sacro a la alteridad de lo divino, al absoluto ser de otro modo de Dios, es el primer rasgo de la vocación del creyente. Nunca sabemos del todo a Dios, nunca lo tenemos aprendido de memoria. Este respeto sagrado que el propio misterio exige al hombre evita la perversión patológica de la idolatría.

«Quita las sandalias de tus pies». Descalzarse.

Acercarse a lo divino desde la desnudez original del propio ser y desde la inseguridad de la criatura ante la majestad, ante el exceso de ser, de valor y de dignidad que constituye lo divino. Incluso con la plasticidad inmediata de esa inseguridad física que un hombre experimenta al andar descalzo, intentando guardar el equilibrio mientras siente la rugosidad punzante de la roca en la sensibilidad de unos pies desnudos sobre la montaña. El misterio de la zarza educa en el sentido de Dios desde la humildad insegura de quien habla del inexpresable, y ante el cual se tambalean los cimientos del propio ser.

Una «tierra sagrada». No un territorio conquistable, no una porción de terreno sobre la que el hombre pueda exhibir con satisfacción un título de propiedad registrado, sino una tierra santa, respetable y venerable, que sólo puede ser pisada con los pies desnudos, desde la desprotección y la inseguridad de saberse inferior en el orden del ser y del valor. Dios es siempre mayor, siempre más digno, siempre más valioso, siempre más santo. La vocación educa en este senti-



do de la santidad excelsa de Dios.

«Moisés se cubrió el rostro». Allí no había nada que ver, nada que mirar, según su primera intención. Al Misterio sagrado de Dios sólo se lo puede contemplar, en una actitud de recogimiento interior que se va llenando de una presencia sentida y jamás vista ni mirada. Una contemplación que se hace hacia el interior, en el descubrimiento de que estaba en el hondón del corazón del ser después de haberlo buscado, durante tanto tiempo, fuera.

«Un Dios sin nombre». No un objeto conceptualizable por la razón pura, ni dominable en su imagen; aquí el hombre ha de habérselas con una libertad que le sale al encuentro; una libertad que se afirma en el ser: «Yo soy el que soy». Y no se negocia ni se establecen condiciones con una libertad, sino que sólo se puede aceptar el encuentro desde la propia libertad, abriéndole la vida desde el propio ser libre; un encuentro de libertades que se acogen y se respetan. El misterio de la zarza que llama educa en el sentido del Dios de la libertad, que ama la libertad y acoge la libertad, aun pobre e indigente, del hombre que quiere abrirle su vida.

Moisés, sin embargo se resiste a la voz de fuego. Esa quemazón de la llamada es la que hace brotar de su corazón ya templado los «pero» con los que intentará eludir el ardor de la llamada. Se pueden contar hasta cinco objeciones de Moisés a la llamada. Objeciones que dan buena cuenta de la lucha interior, la agonía que es toda vocación.

La primera objeción se expresa en la pregunta de Moisés «¿Quién soy yo?». ¿Quién soy yo para ir a Faraón y sacar de Egipto a los hijos de Israel? Es el obstáculo-excusa de la propia insignificancia y pequeñez, de la «minusvalía» e inutilidad que hace pensar al llamado que no vale para la misión, que no tiene las aptitudes requeridas, que no sirve; casi como que «Dios se ha equivocado de persona».

*¿Cuál es tu nombre?* Moisés piensa que él es un hombre poco culto, sin estudios, sin cualificación teológica para la vocación sentida. No «domina» la situación, no tiene conocimientos, no puede llevar a cabo lo que se le pide ¿Cómo alguien tan iletrado y lego en ciencias sagradas va a llevar a cabo una misión tan importante?

*¡No van a creerme!* No soy persona conocida ni importante. Carezco de fama y de prestigio, no tengo crédito. ¿Cómo van a escuchar a un pobre pastor iletrado, casi analfabeto? ¿Que he sido llamado y enviado por Dios! ¿No será mejor que busques a alguien con más presencia, con reconocido prestigio, con evidente autoridad? ¿No creerán que un pastor curioso que ronda por la montaña es un enviado de Dios!

*¡No he sido nunca hombre de palabra fácil!* No sé hablar. ¿No podrías buscar a alguien que hable y se exprese mejor? Se me traba la lengua y soy torpe de expresión. ¿Vas a quedar mal si me envías a mí!

*¡Te ruego que encomiendes a otro esta misión!* ¡Déjame a mí seguir con mi pequeño oficio de pastor! ¡Permíteme que vuelva con las ovejas del rebaño de mi suegro y me olvide de este episodio extraño! ¡Hoy debo haber tenido un mal día, que empezó con algo que creí ser «una voz de fuego»!

Dios tiene que ir deshaciendo una por una las excusas de Moisés. «Yo estaré contigo y te daré signos», «ni tú ni nadie puede penetrar mi mis-

terio», «te apoyarás en el cayado de Dios», «estaré en tus labios», «di a tus hermanos que el Dios de los Padres tiene bien vista la aflicción de su pueblo en Egipto, y ha escuchado el clamor que le arrancan sus capataces, que ya conoce sus sufrimientos». Este Dios de libertad concluye su itinerario espiritual a través del interior de aquel pastor de ganado. El hombre que baja de la montaña (Ex 4, 18) no es ahora exactamente el mismo que subió a ella; había subido un pastor de ganado, curioso; pero el hombre que baja de ella es ya el pastor de un pueblo al que habrá de conducir hacia la meta de la promesa, en nombre del Misterio de la zarza revelado como «Dios de Abraham, Isaac y Jacob» (Ex 3, 6), siendo él conducido, al mismo tiempo, por la fe, según inspiradamente fue escrito, un milenio más tarde, en la carta a los Hebreos: «Por la fe Moisés, ya adulto, rehusó ser llamado hijo de una hija del Faraón, prefiriendo ser maltratado con el pueblo de Dios a disfrutar el efímero goce del pecado... Por la fe, salió de Egipto sin temer la ira del rey; se mantuvo firme como si viera al invisible» (Heb 11, 24-25.27). Dio cumplimiento a la vocación que le había grabado a fuego en el corazón el Dios del Sinaí. Y murió en la fe, habiendo cumplido su misión y saludando de lejos la tierra hacia la cual había conducido a su pueblo por mandato del Señor. «Esta es la tierra que bajo juramento prometí a Abraham, Isaac y Jacob, diciendo: A tu descendencia se la daré. Mírala y contéplala con tus ojos de lejos, porque no entrarás en ella» (Cfr. Dt 34, 4). Y allí murió Moisés, el servidor del Señor, en la cima del monte Nebo, enfrente de Jericó. Su tumba, hasta hoy, permanece desconocida. Los hebreos lloraron la muerte del profeta, que hablaba con Dios cara a cara y cuya grandeza no ha sido, para el pueblo judío, superada. Una vocación llevada a los límites y vivida bajo el signo de la amistad con Dios y el sentido de su excelsa dignidad. Llegó a ser lo que la voz de Dios le llamó a ser. Y por la fe murió saludando de lejos la promesa y manteniendo firme la esperanza de que al seguir la voz ardiente del Dios misterioso había colmado su vida.